

CRONICA LITERARIA

por Domingo Melfi

DESPRECIO A LOS INTELECTUALES

Pablo de Rokha ha planteado en el semanario *MULTITUD*, del cual es director, el problema del desprecio al intelectual. Tema vasto y complicado, porque son infinitas las causas de ese desprecio e infinitas igualmente las razones que mueven al medio social y político para aislar al escritor. Es preferible usar el término escritor, más concreto en este caso, ya que en Chile siempre se ha hecho burla del concepto intelectual, asignándole una significación que dista mucho de la verdadera. Es frecuente oír: "Ahí va un intelectual"... Por ahí pasó un intelectual", o bien: "Es un intelectual", como demostración de que es un pobre diablo. "Cosas de intelectuales", se agrega cuando las cosas andan mal. Hibridismo de apreciación doméstica, en el que se mezclan la ignorancia, la petulancia y el desorden. Mal americano, por lo demás, puesto que, quieras que no, el intelectual es siempre el que se preocupa de las operaciones más elevadas del espíritu, y no todos pueden preocuparse de las operaciones más elevadas del espíritu. En la raíz más oscura del hombre de la calle vibra la partícula del respeto al que se sabe vive o trabaja de y en las cosas más elevadas del espíritu.

La raíz del desprecio la encuentra Pablo de Rokha en el fracaso del burgués. En

todo burgués, por lo menos en muchos, hay un poeta fracasado, un novelista fracasado, un muñón aterido y vergonzante que mueve inútilmente su ilusión de ala derrengada. En los cajones del escritorio de muchos políticos o funcionarios se encuentran siempre fragmentos de capítulos no logrados de una novela o versos mediocres que yacen allí como la muestra de cadáveres insepultos. "Entonces —dice de Rokha—, el Estado, el Gobierno burgués, expresión política de la explotación del hombre por el hombre, ubica al artista en calidad de subproducto inútil y, compadeciéndolo, le protege, como el amo al perro, como el señor al bufón, al histrión que le divierte. Y el intelectual, que es, antes que otras muchas cosas, el varón que plantea la discordia dialéctica entre el hombre y su medio, aparece como un parásito social, como un loco".

La burguesía ha sido implacable en la alimentación de esta leyenda. Circuló años atrás, en todas las revistas ilustradas del mundo, una anécdota infamante. Un señor preguntaba a otro por los hijos de un tercero. Uno se recibió de abogado, el otro de médico, el mayor trabajaba en un fundo. Pero había uno, la oveja negra, al que la familia consideraba como un pobre niño defectuoso, un retardado mental. Y fulanito, preguntó. El otro respondió: "Ese era el más tonto de todos... Se dedicó al arte"...

Lo mejor en materia de hombres en Chile, en calidad humana, en el siglo XIX, está compuesto por hombres de letras. Los políticos, a excepción de muy escasos, no cuentan en la historia o en la cronología de los tipos representativos. Y, naturalmente, fueron terriblemente combatidos y motejados de ilusos, de locos, de pobres hombres. Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui, Barros Arana, Pérez Rosales, Isidoro Errázuriz, Blest Gana, etc. Manuel Montt, político de los más señeros, tuvo un gran respeto por el hombre de letras. No hay sino que recordar su amistad íntima con Sarmiento, la admiración que fulguró en el espíritu del solitario y aquel consejo que aún vibra en América, al desterrado, cuando éste, ya a punto de abandonar la pelea violenta con los escritores chilenos, fué a decirle a Montt que le era imposible continuar en Chile y que dejaba el campo: "No —respondió Montt—, Usted no debe abandonar la pelea. Por el contrario, contéstelos con un libro". Y de ese consejo surgió *FACUNDO*. Es decir, el máximo libro argentino, escrito en Chile, fragmento de la vida americana, en el que el alma ardorosa de Sarmiento grabó su huella hasta hoy imborrable.

Vicuña Mackenna recibió muchos desaires. Era el loco sin destino. Los recibieron todos los que no se rindieron prontamente a las elucubraciones vulgares de la

política "terre a terre". Barros Arana no podía encontrar quién le comprara los volúmenes de su Historia de Chile. Los peluqueros se hacían ricos rápidamente, y los sastres con reminiscencias europeas, gozaban de mayor prestigio que los rimadores y los fabricantes de novelas o de dramas. Lo único que contaba era la política, o sea, el bajar y subir personajes, según que éstos representaran a tales o cuales clanes políticos. Hoy, un boxeador o un corredor de caballos tienen más importancia que un escritor. Un escritor, en la herencia de las sociedades burguesas, continúa siendo el "hombre en la luna", el holgazán sin destino cierto. Antiguamente los potentados que no sabían escribir una carta de amor, se valían de los escritores. Muchos que querían darse aires de poetas, firmaban los versos que los verdaderos poetas componían para ellos. Y los potentados los enviaban a sus novias, muy ufanos y muy orondos, como frutos de su majín. El Estado considera que los intelectuales son gente decorativa, de los cuales hay que servirse para ciertos menesteres, y luego darles las gracias, a veces con una cortejía y otras con el puntapié de estilo de la insolencia presuntuosa y villana de los incapaces.

En el terrible desconcierto producido por la guerra de 1914, el escritor tomó la postura que le correspondía: la de acusador de la miseria de los poderosos que desencade-

naron la barbarie. También la de defensor del pueblo humillado y explotado. Porque mientras los especuladores gozaban con el fruto de sus depredaciones financieras, detrás del frente de batalla, los soldados rasos, los miserables, morían a millares en defensa de una estúpida doctrina inventada por los ambiciosos para aumentar sus arcas privadas. Cuando Chile no era más que un marasmo político antes de 1914, sólo algunos espíritus avizores condenaron la explotación de que era víctima el pueblo. No eran, por cierto, los escritores de la torre de marfil, sino los que habían salido a la calle y a los campos, para observar el drama de los ofendidos. Pero no tuvieron fortuna. No tuvieron eco. Eran voces aisladas e inconexas. Después de 1918, cuando Europa comenzó a rugir, en la voz de condenación de los escritores que levantaron el velo de la podredumbre, en América y en Chile surgieron también las palabras de la condenación. Ya no era posible volver atrás, como querían los barbilindos de la literatura pura. Había que tomar partido, por lo menos en la propia conciencia, y mostrar a la burguesía, ahita de placeres, cuál era el verdadero sentido de los deberes para con la colectividad.

De ahí ha surgido todo el drama de esta violencia y de esta persecución obstinadas de unos hombres contra otros. La literatura ha entrado en otro camino, y no

es posible, sino por excepciones muy contadas, prestar oído a los lamentos de los románticos que acarician sus íntimas penurias de amor. Por esta razón los hombres antiguos vuelven el rostro cuando oyen hablar de literatura de combate, de literatura de agonía, de reivindicación y de tenacidad crítica. Prefieren la otra, la que apenas muestra el dolor, la que roza los acontecimientos o los disimula entre el retoricismo de las frases y la engolada vanidad de los conceptos.

"Muera la inteligencia", han gritado en algunas partes los incapaces de comprender el dolor de los explotados, porque han cargado en la cuenta de los intelectuales toda la culpa del freneco actual; sin entender, por cierto, que la culpa es de los que gobernaron mal, de los que abusaron de su situación, de los que retardaron el proceso evolutivo, a fin de continuar gozando de la vieja costumbre de tirar una moneda al pordiosero para que, en paz con la propia conciencia,

Subsiste la mala idea acerca del intelectual, porque no se modifica tan prontamente la educación recibida, ni se transforman en la medida de los deseos el ambiente de las clases sociales. La raíz antigua vibra y determina las apreciaciones, y los que se creen más avanzados en ideología suelen no ser otra cosa que retardatarios emboscados y ávidos, que continúan razonando con los mismos ins-

trumentos llenos de herrumbre del pasado. Cuando intentan dar un salto adelante, la raíz invisible les tira de los pies. Piensan y razonan como sus abuelos, sin ellos darse cuenta, cándidamente convencidos de que están pensando como hombres de hoy. Otro drama terrible, del cual es siempre la víctima el escritor. El escritor sabe más cosas de las que se piensa, y esta sabiduría esgrimida con soberbia, por unos, con desdén por otros, con violencia por algunos y con disimulo por los más, desconcierta y hiere en el amor propio de los que a sí mismos se imaginan superiores a aquellos escritores. A un profesional, a un político, a un funcionario, se le puede perdonar todo, hasta sus bajezas. A un escritor no se le perdona nada. Por lo demás, no conviene hacerse muchas ilusiones, mientras no se transforme esta sociedad, cegada por sus pasiones tradicionales y envenenada por sus prejuicios y por sus batallas de clases y tribus, entre las cuales se mezclan lo mismo los de las clases aristocráticas que los de la clase media, todavía suspendida y en posición mendicante frente a la otra.

Mientras llega esa sociedad sin clases con que sueñan algunos, ¿qué debe hacer el escritor? El mundo no está para la serenidad ni para el raciocinio. Se ha perdido la brújula y sólo el honor, la conciencia profesional, deben ser los guías. En un país como el nuestro, en el que na-

die estudia, en el que todos improvisan, y de la noche a la mañana aparecen genios en funciones que jamás habían ocupado antes su atención, el escritor debe colocarse en posición de ser siempre el acusador que tiene razón, el discriminador de los vicios, el que condena las injusticias, el que rinde culto a la verdad, el que defiende a los humillados y ofendidos, y sin que nada de eso, por supuesto, excluya el culto de la belleza.

Los arribistas de la política o de la sociedad nunca han mirado con benevolencia al escritor. Todos los tiranos llevan mi marca, decía Sarmiento. Justamente el castigo era empozoñar el prestigio del escritor con infamantes leyendas, para vengarse de la claridad con que el escritor solía referirse a los inmORALES y a los traficantes. Por eso también si el escritor, en cuanto hombre, tenía un vicio, este vicio era siempre el mayor del mundo, el más odioso de todos y el más excepcional. Los vicios de los otros no eran tales, sino defectos elegantes o pasajeros.

Cuánto podría escribirse sobre este tema planteado por el poeta Pablo de Rokha. Podría ser el motivo de un ensayo, en el que pasara, en lo pintoresco y en lo trágico, la vida entera de Chile, desde la Independencia hasta hoy, con todo su cortejo de claudicaciones, de vergüenzas y también de algunas grandezas.

D. M.